

Ro Liébanas

El sonido del teléfono fijo —casi con total seguridad, uno de los pocos modelos que quedaban en ese edificio— retumbó en el salón. El aparato, que unos años atrás deslumbraba con su blanco nuclear, ahora lucía una tonalidad marfil propia de haber sobrevivido a décadas de conversaciones, manipulaciones, y alguna que otra compra impulsiva en la teletienda.

Miguel levantó la vista de su periódico —de nuevo, y con alta probabilidad, uno de los últimos de toda la manzana—, extrañado; con la aparición de los teléfonos móviles, eran pocas las llamadas que alcanzaban aquella línea obsoleta. Su mirada se desvió al reloj que descansaba sobre la estantería. Era una pieza absurdamente fea que Alicia le había regalado tras su viaje a la India. Miguel no entendía cómo una miniatura del Taj Mahal tan mal conseguida podría ser un buen *souvenir*, pero Alicia tenía un gusto peculiar para hacer regalos; siempre lo había tenido. Como cuando era niña y aparecía con bolsas de basura de diferentes aromas envueltas en papel de seda. Este año no tenía esperanzas de recibir un regalo por su parte. Ni absurdo. Ni coherente. Ni bonito. Ni feo. Ni siquiera esperaba recibir una felicitación. El Taj Mahal marcaba la una de la tarde y aún no tenía noticias de su hija. Lo entendía. Y en el fondo, sentía que lo merecía.

—¿Diga?

—Buenos días, ¿Miguel Ostos?

—Sí, soy yo —contestó sin apartar los ojos del Taj Mahal.

—Señor, le llamo desde la comisaría de policía de la Calle Aiguablava.

—Un momento —lo interrumpió—. Mi hija Alicia trabaja en esa comisaría, ¿ha pasado algo?

—Señor, creo que debería personarse aquí lo antes posible.

—¿Me puedes decir qué ocurre? ¿Le ha pasado algo? —el nerviosismo en su voz era más que evidente.

—Su hija... Señor, hemos encontrado un cuerpo y necesitaríamos que viniera a identificarlo. Creémos que podría ser Alicia.

Maldito despertador. Ring. Ring. Ring. Maldita melodía. La detestaba. Era insoportable, pero cuando comenzó a odiar todas y cada una de las canciones que, en un vago intento de despertar de mejor humor, predefinía como timbre, decidió que el clásico *ring* al menos le permitiría seguir disfrutando de sus temas favoritos.

Abrió los ojos mientras golpeaba torpemente la pantalla de su teléfono móvil. Ocho y treinta de la mañana. Veintisiete de noviembre. Cumpleaños de papá. O al menos eso era lo que ponía en uno de los recordatorios amontonados sobre la imagen de Juan, fija en su fondo de pantalla desde que lo recogió de aquel contenedor. Un día conseguiría pillar *in fraganti* a alguno de los desalmados que abandonan animales indefensos en contenedores malolientes y los encerraría al menos una noche en el calabozo. Aunque solo fuera una. Así haría algo de justicia por Juan, aunque el felino, que dormía estirado sobre la cama con la boca ligeramente abierta, parecía no tener mucho interés en iniciar una cruzada contra sus verdugos.

No le apetecía felicitar a su padre. Todo lo relacionado con él era como el escozor de la herida que asoma cuando arrancas una costra demasiado pronto. Y todo por ese maldito papel —bueno, tal vez no el papel en sí, sino el contenido de ese papel— ¿Cómo pretendía que reaccionara al enterarse de que la habían adoptado a los tres años? ¿Cómo debería sentirse ahora que sabía que todas las historias del embarazo, el parto, las noches sin dormir y los primeros dientes no eran verdad? Porque no hubo ninguna barriga, su madre no parió a nadie, ambos durmiendo a pierna suelta hasta el 1991 y cuando llegó a sus brazos tenía dientes como para morder bocadillos de salchichón. Sí. Tenía derecho a estar enfadada. Era una mujer adulta, inspectora de policía, con una hipoteca, un gato y un gusto peculiar por los *souvenirs* feos; y sí, estaba enfadada.

Tal y como le había dicho a su padre —en la terrible discusión que había propiciado la guerra de silencio en la que se veían inmersos—, el problema no era ser adoptada; ni siquiera el hecho de que no se lo hubieran contado. El problema era la torre de mentiras erguida como un castillo de naipes delante de un ventilador. Y ahora había naipes y mentiras hasta en la sopa.

Le rascó la cabeza a Juan, que seguía durmiendo ajeno al drama.

—No somos tan distintos tú y yo...Creo que a los dos nos tiraron al contenedor.

Se vistió de manera informal, recogiendo su melena indomable en una coleta mientras se encaminaba a la cocina para el primer café del día. Encendió el aparato modernísimo que enseguida empezó a triturar los granos colombianos —aunque ella no creía que fueran realmente de Colombia. Como mucho serían de Agaete—, y reparó por primera vez detenidamente en la foto que tenía enmarcada en la pared que daba al salón.

Era ella; tenía unos tres años. Llevaba unas gafas de sol rosas, un bañador rojo y fuertemente agarrado en su mano diminuta, un flotador con círculos de varios colores. La otra mano estaba enlazada a la de su madre delante de la puerta de la casa alemana donde vivieron hasta que tuvo trece años; seguramente esa foto la echó su padre con una de esas cámaras de usar y tirar que solía comprar antes de que aparecieran los modelos digitales. Lo sabía porque estaba ligeramente movida, los colores algo desaturados y el encuadre digamos que...bueno. Se las veía a las dos al fin y al cabo.

Nunca se había parado a mirar detalladamente esa foto. Su madre se la regaló hacía unos años, cuando se instaló en aquella casa. Dijo que era un momento muy importante en sus vidas, y ahora sospechaba que tal vez esa foto rondaba la fecha en la que fue adoptada. Aunque la calidad de la imagen era algo deficiente, se podía distinguir la emoción en los ojos de su madre; sin embargo, aquella niña parecía bastante enfadada.

Puso el cubo de la fregona bajo el grifo de la cocina para comenzar su rutina de limpieza como cada domingo, cuando una alarma recordándole la revisión del informe de un caso iluminó su pantalla. Resopló. ¿Por qué narices programaría trabajo para el domingo por la mañana? Dejó el teléfono en la encimera y se giró para alcanzar el bote de friegasuelos cuando una sombra negra cruzó de un salto por delante de sus ojos aterrizando sobre el granito húmedo. Todo pasó en menos de un segundo. Juan corriendo. Juan saltando. Juan escurriéndose. Juan empujando su teléfono móvil enorme recipiente de plástico. Y no, el móvil no era acuático; o mejor dicho, no era resistente al agua. Porque acuático desde luego estaba siendo en ese momento.

—Tal vez esto es una señal para trabajar hoy —murmuró sacando el aparato inservible del cubo—. Y para no llamar a papá.

Decidió hacer caso a lo que ella consideró una señal del destino, y continuó con la limpieza. Revisaría el informe más tarde. Y lo de su padre...lo de su padre ya lo resolvería en otro momento.

—Adelante, pase por favor —el agente uniformado lo recibió en el ala dedicada a la policía científica—. Acompañeme; el inspector Araújo lo está esperando.

—No puede ser Alicia —murmuró alterado. Los veinte intentos de contactar con su hija a través del teléfono móvil, sin éxito alguno, no habían hecho más que empeorar su estado. Deseó que ella también hubiera tenido un teléfono fijo obsoleto al que llamar —. Es imposible, no puede ser.

—El inspector le explicará todo al respecto.

El agente lo guió hasta una puerta gris. Golpeó un par de veces con los nudillos y giró el pomo para dejarlo pasar. El inspector Araújo estaba sentado tras su enorme mesa de roble oscuro, pero se levantó en cuanto Miguel puso un pie en el despacho. Axier Araújo y Alicia Ostos habían sido compañeros de promoción, y Miguel había coincidido con él en varias ocasiones. El inspector parecía profundamente afectado.

—Señor Ostos, siento haberle hecho venir de esta manera —dijo, y su voz sonó áspera—. Ha sido muy rápido, y al ser usted de la casa lo hemos llamado de inmediato. No sabemos aún qué ha pasado, aunque todo apunta a un ahogamiento.

—Quiero verla.

—Por supuesto. Acompañeme.

El pasillo hasta la morgue era tan gris como la puerta del despacho de Araújo. Sin ventanas, sin ruido, sin vida. Lo único que resonaba contra las paredes eran las pisadas del inspector, seguido de cerca por Miguel que aún no era capaz de creer que estuviera a punto de entrar en ese lugar.

La habitación era gris. Hacía frío. Pero Miguel tendría ese mismo frío incluso si la sala estuviera en llamas. La camilla estaba cubierta con una sábana. La sábana también era gris. Respiró a duras penas. Araújo lo miró y asintió levemente. Miguel no estaba preparado, pero jamás lo iba a estar, así que imitó el gesto con su cabeza.

El inspector retiró la sábana y ahí estaba. La cara gris, el pecho gris, los labios grises. Como la puerta, el pasillo, la habitación y la sábana. Todo gris.

—Esta no es mi hija.

Araújo frunció el ceño. Claro que era Alicia; su ADN coincidía, aunque sus huellas no hubieran podido leerse correctamente por haber estado sumergida durante horas.

—Miguel, entiendo el shock pero...

—Soy su padre. La he visto prácticamente cada día de mi vida desde hace más de treinta años. Te estoy diciendo que esta mujer no es Alicia, Axier.

El inspector quiso rebatir esa afirmación, pero la puerta se abrió dando paso a otro agente uniformado que portaba una mochila. Araújo lo acompañó al laboratorio contiguo, separado de la morgue por una cristalera desde la que podían ver a Miguel observando fijamente el cuerpo de la que decía no ser su hija.

—Hemos encontrado sus pertenencias. Estaban tiradas entre los escombros de unas obras cerca del lago. O ha sido alguien que no tenía ni idea de lo que había dentro, o fue ella misma la que se deshizo de su mochila cuando se sintió en peligro, jefe —dejó el fardo de tela

sobre la mesa vaciando todo su contenido sobre la superficie metálica—. Su nombre es Cristina Aguilar, treinta y cinco años y parece que está empadronada en Huelva. Sus padres se llaman Antonio y Luisa.

—¿Qué? — preguntó Araújo confundido.

—Lo que oyes —abrió una carpeta que contenía la mochila—. Y no solo eso. Esta chica estaba en Barcelona por un motivo. Todos estos documentos tienen información sobre partidas de nacimiento, inscripciones en el registro, direcciones...

—¿Y el ADN? —el inspector seguía sin creerse que la mujer de la camilla, idéntica a su compañera, no fuera realmente ella.

—La coincidencia es del 99%. Lo habíamos achacado a que las muestras podrían estar contaminadas, pero ahora tendría sentido hablar de que sea una gemela idéntica —el agente cogió una libreta pequeña—. Además, mira: aquí está apuntado el nombre de Alicia Ostos. También el de Miguel Ostos y Elena Salgado, sus padres. Una fecha: 23 de julio de 1991, piscina municipal de Almonaster la Real, Huelva. Y si te fijas, hay varios recibos de movimientos bancarios de Miguel Ostos subrayados en la carpeta que te he dado antes —suspiró—. También hay varios recortes de periódico, Axier. Noticias sobre la desaparición de una niña en la piscina del pueblo durante el verano de 1991.

—¿Qué me estás queriendo decir, Cañada?

—Que creo que Cristina Aguilar y Alicia Ostos son hermanas gemelas. —dijo sacando una foto que se encontraba entre las hojas de la libreta pequeña.

La imagen de dos niñas idénticas, vestidas con el mismo bañador rojo, gafas de sol y un flotador con círculos de colores mientras chapoteaban en la piscina cayó en las manos de Araújo. Ambos miraron a través del cristal al hombre que seguía inmóvil delante de aquel cuerpo gris.

—Y creo que alguien va a tener que dar muchas explicaciones a partir de ahora.